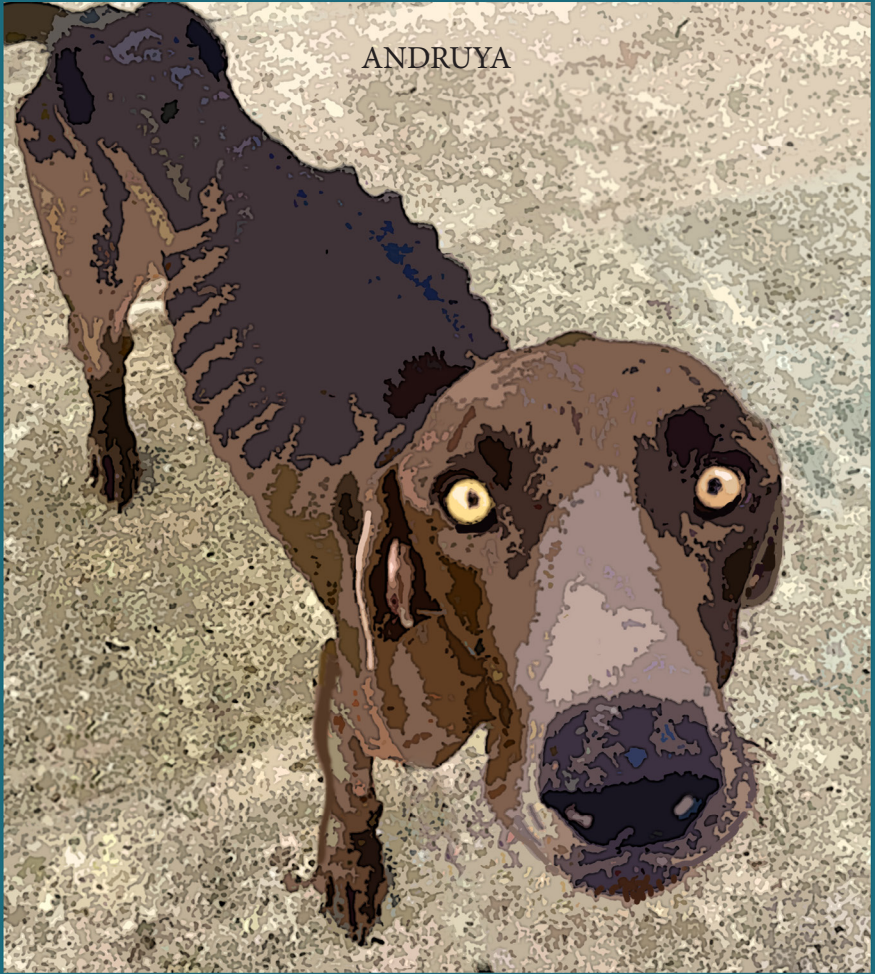


ANDRUYA



LOS INMORTALES

*“Tus ojos en mis ojos detienen el tiempo.
¡Mírame! Mírame solo un segundo
y hazme inmortal para siempre.”*

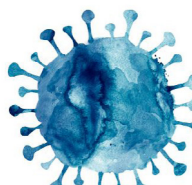
Julio Cortázar (Rayuela)

LOS INMORTALES

Le era extraño salir a caminar después de tanto tiempo de encierro. Abandonar su refugio la ponía nerviosa, pero se había quedado sin provisiones. Marchó por el medio de avenida Corrientes, sin temer que algún automóvil la atropellase: hacía más de dos meses que había escuchado al último vehículo huir de Buenos Aires. Sabía que estaba sola, que era la única, mas no pudo evitar sentirse observada desde las oscuras ventanas de los edificios. Caminaba hacia el Obelisco, partido al medio, ennegrecido por el fuego, símbolo de un esplendor marchito, de una época dorada que ya no volvería. Entró en algunas librerías vacías y revolvió entre el hollín, buscando páginas que se hubieran salvado. Encontró la 83/84 de “La divina comedia”, cuatro páginas de “Historia de dos ciudades”, un prólogo de quién sabe qué y unas postales de Roma, quemadas por la mitad. Todo lo guardó con mucho cuidado en su mochila. Para Helena los libros eran tan importantes como la comida; podía pasarse un mes entero encerrada, si tenía los compañeros adecuados. Al fondo del local, junto a la registradora, un escritorio de metal le llamó la atención. Que los cajoncitos estuvieran cerrados con llave no fue suficiente para aplacar su curiosidad, más bien la acrecentó.

Forcejeó un rato contra uno. “A mí no me vas a ganar”, dijo en voz alta, acostumbrada a hablar sola. Tomó carrera y dio una fuerte patada contra el robusto mueble. “¡Eureka!”, gritó sorprendida al encontrar la primera edición de “Los premios” de Cortázar y una publicación de lujo de Borges, ambas en perfectas condiciones. Eran dos verdaderos tesoros. “¿Quién escribía mejor?” Se le ocurrió pensar que la vieja disputa ya no tenía sentido. De hecho, si ella decidía que uno le gustaba más, ésa sería la opinión de todos, y el fin de la discusión. Ella era todos. Al menos todos los que importaban.

Entró a “Los Inmortales”. Apostó que no encontraría comida allí, pero el aroma a queso y levadura impregnar en las paredes le recordaba a sus años felices, cuando se juntaba a comer una “pizza de verdad” con sus amigos, después de salir del cine o de una función teatral. ¡Qué tiempos aquellos! Hurgó en vano dentro de todas las alacenas, en la heladera y en la despensa. Nada. Un pizzero yacía carbonizado, sentado junto a su vaso de vino y a un pequeño sifón. ¿Se habría negado a irse, a abandonar ese lugar tan querido, como el tango y la fainá? ¿O tal vez habría muerto de hambre, sentado allí, mucho antes de que las bombas cayeran? “¡Qué ironía, morir de hambre en Los Inmortales!”, pensaba Helena, cuando se le ocurrió que existía allí un lugar a prueba de fuego: el horno. Quitó la pesada tapa de acero y encontró un tarro de pepinos encurtidos y una bolsa de harina. “Es mi día de suerte”, se dijo, mientras decidía llevar los pepinillos en la mano para no arriesgar los textos. Acomodó su mochila y aprovechó a colocarse el abrigo. Quedaban un par de horas antes de la caída del sol y se debatía entre continuar la expedición o regresar a salvo a su guarida cuando, de abajo de una estantería surgió un pequeño

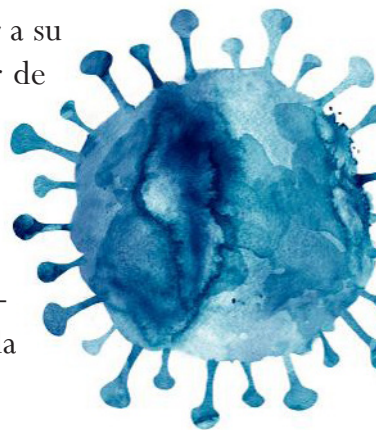


y delgado perrito marrón. Estaba muy flaco, desmejorado y se notaba que aún era cachorro. No tenía una raza definida, más bien todo lo contrario: orejas grandes (una marrón y la otra negra), hocico blanco, cola larga y una mirada triste y melancólica. Helena se acercó lentamente hasta tocarlo, saludándolo con voz suave y aguda, como si le estuviera hablando a un bebé. “¡Vení mi amor, vení!”, le dijo, acariciando su cabecita y haciéndole cosquillas en la panza. El cachorro pronto entró en confianza: se le enredaba entre los pies, le lamía las manos, le daba vueltas como la Tierra al Sol. Por un momento, Helena se sintió muy contenta, sin embargo, pronto se dio cuenta que no iba a poder mantener esa amistad; era muy peligroso tener un perro que, en cualquier noche, podría ladrar y delatar su posición. Tampoco había suficiente alimento como para compartir. “¿Comerá pepinos encurtidos?”. “Con el hambre que tiene debe comer de todo...”, pensó, “Cada vez me cuesta más encontrar provisiones... Tengo que pensar en mí... ¡Sos una egoísta de mierda!” Las voces en su

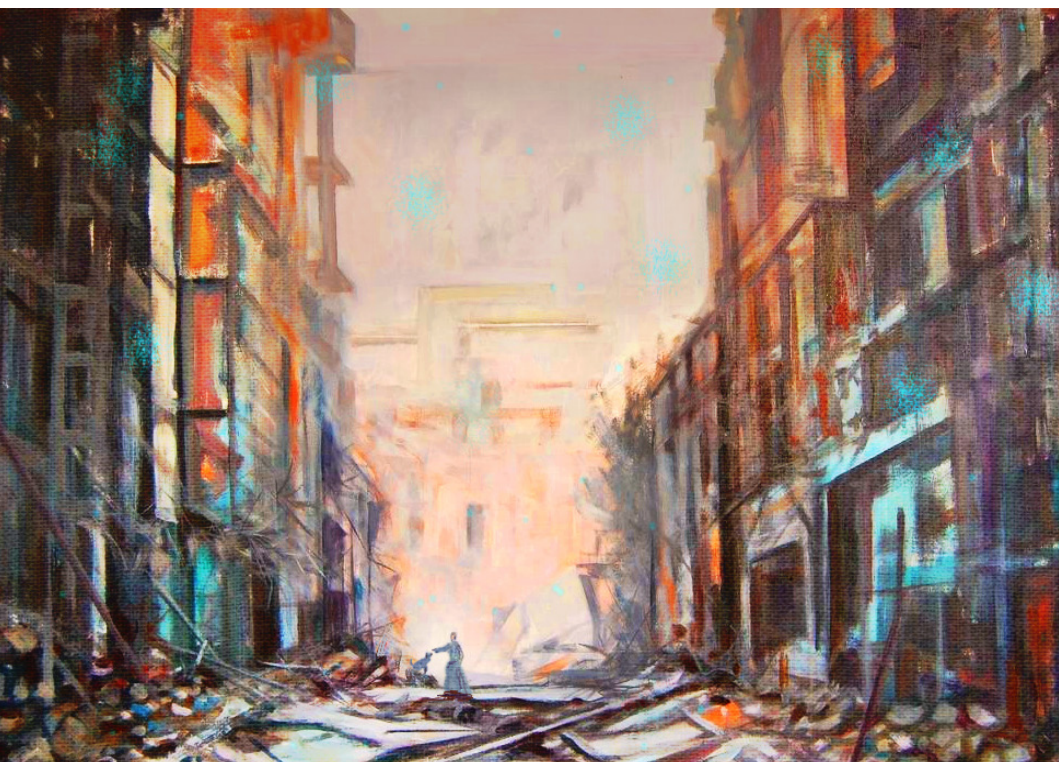


cabeza iban y venían de un lado al otro. A pesar de tener muchas ganas de quedarse con el cachorro, sabía que tal decisión no era prudente. ¿Qué hacer cuando lo que se quiere y lo que se debe hacer no es lo mismo? Se sentía culpable de no poder ofrecerle siquiera un pedazo de pan. La cuarentena había sido demasiado larga. Los alimentos que sobrevivieron al saqueo, a los incendios y no se echaron a perder, se los habían comido ELLOS. “¡Fush...

fush...!", trató de ahuyentarlo para no encariñarse, aunque sabía que ya era demasiado tarde. El perrito le movía la cola y saltaba contento. "Dale, andate, no quiero que seas mi desayuno la semana que viene...", pero el cachorro se resistía a abandonarla. "¿Cómo sobreviviste tanto tiempo? Seguro te comiste un par de muertos... Y de noche, ¿en dónde te escondés? ¿El pizzero era tu dueño?" preguntó, mientras salía del local. "Mejor quedate acá, ¿sí?", le dijo, afligida. "Yo voy a venir a saludarte". Fue en vano: el perrito la siguió a la calle. "No tengo nada, andate porfa", repitió. Él no hizo caso: se le cruzaba entre los pies y la hacía trastabillar. "¡Fuera! ¡No te quiero!", mintió. Su nuevo amigo, que no conocía de razonamientos, tomó un palo de una pila de escombros y comenzó a incitarla a jugar. Ella intentó quitárselo, aunque él no cedió, brincando inquieto para todos lados. Helena se sentía halagada con el festejo que le hacía. Los ojos saltones del perrito brillaban de alegría, pero estaba tan flaco que la muchacha podía contarle las costillas "No le queda mucho...es estirar su agonía". "Pensás eso para no darle tu pepino...". "¡Basta, me tenés podrida, los perros no comen pickles!". "¡Egoista! sos una mierda de persona, ¿lo vas a dejar muriendo acá?". "Sacá el arma y matalo ya mismo"... "¿¡Estás loca!?"... Finalmente le quitó el palo del hocico y, tras hacerlo desear un poco con amagues, lo arrojó con todas sus fuerzas, lo más lejos posible. Ella salió corriendo en sentido contrario, tratando de perder a su compañero, sin embargo no tardó en tener de nuevo la fría nariz olfateándole el trasero. "¡Basta, por Dios! Sos hermoso, pero andate... ¡fush!". El perro, lejos de obedecer, dio un salto y le arrebató la mochila. "¡Eh!, ¿qué haces, che? ¡Vení acá!", vociferó y comenzó a perseguir al perro, que dobló en la



esquina, no sin antes mear contra la pared. “¡Vení, te doy un pepino... tomá!”. Helena lo corrió un buen rato y, paso a pasito, se fue encariñando con el cachorro. “Tal vez es cosa mía creer que busca algo de mí. Estoy tan sola como este perro, y mucho más porque yo lo sé y el no. O tal vez, él sabe que estos son los últimos días de nuestras vidas y decide regalarme su compañía”, pensó. “¡Vení, perrunis! Hablemos... ¿Tenés nombre?”, preguntó. “Quizá soy yo que no me soporto, que no quiero verme siendo cruel. Vos no me estás pidiendo nada, tan solo sos un pichicho que vive el presente...”. Los pensamientos la acompañaron entre Lavalle y Tucumán. El can orinó en cada esquina, como temeroso de perder su propia huella. “No tengas miedo, yo te cuido, dame los libros ¿sí?”. Finalmente él soltó la mochila. “Buen chico”, agradeció ella, acariciándole la cabeza. Estaban frente al Teatro Colón.



A Helena le sorprendió que el edificio no estuviera en ruinas, convertido en carbón como el resto de la ciudad. Tal vez, por ese respeto que la gente le tenía, no había sido vandalizado ni incinerado. O quizá solo se debía a la suerte. Siempre había querido conocer el Colón y nunca había tenido tiempo. La curiosidad la incitaba a entrar, mas sabía que podía ser peligroso. “Está oscureciendo, no sabemos que hay adentro... Bueno sí, es un teatro...”. Aunque las puertas estaban cerradas, el pichicho encontró un hueco por donde meterse, dio la vuelta y accionó el picaporte. “Okey, una caminata rápida y volvemos. En una de esas hay un bar... ¿Trajiste tu corbata?”. El perro se adelantó, marcándole el camino. “Tengo que conseguirte un trajecito”, dijo Helena y su voz retumbó en el vestíbulo vacío. Ni bien entró, la fina ornamentación de las columnas y la gran escalinata de mármol tallado dejaron boquiabierta a la muchacha. “Entradas para dos”, indicó a un boletero inexistente. “No hagas ruido, no sabemos si estamos solos”, murmuró al perro. Caminaban en puntitas de pie. Allí el silencio sonaba muy fuerte. Llegaron al Salón Dorado y, por un momento, Helena creyó estar en París: la mullida alfombra roja, los sillones majestuosos, los coloridos vitrales y las espléndidas arañas de cristal reflejaban una fastuosidad que le llenó el corazón de emociones. Se detuvo unos instantes frente a un finísimo retrato, dónde el famoso poeta griego recitaba la *Iliada* ante unos guerreros, cuando su mente se iluminó. “Homero, te llamaré Homero”, le susurró al perro, contenta por el hallazgo. El cachorro se acercó, observándola con sus ojos saltones, en los que se reflejaba un desconsuelo infinito. Helena lo observó con ternura y le acarició las orejas. Por un instante el tiempo pareció detenerse. “Ya veré como alimentarte”, dijo. Él le pasó su lengua áspera y hedionda por toda la cara y luego, sin titubear, dio un fuerte y profundo ladrido. “Shh... calláte, calláte Homero”.

El perro insistió con un largo aullido. Unos pasos retumbaron en la antesala. Alguien se acercaba. Desesperada, Helena buscó esconderse. “¡Guau! ¡Guau!”, soltó enérgico el animal ante la mirada aterrada de Helena, que escudriñaba su mochila tratando de encontrar el arma. El disparo dio inicio a la trágica sinfonía. Como una bailarina clásica, La Divina Comedia voló por los aires, en suaves remolinos espiralados. Borges y Cortázar trataron de huir del laberinto, pero ese era el final del juego. Flotaron un instante en la nube de harina y cayeron de rodillas, suplicando piedad. Una docena de ELLOS irrumpió en la sala cual músicos feroces, dispuestos a ofrecer un último réquiem de sangre y, despiadados, no tardaron en descuartizar a la muchacha. Se la comieron íntegra, no sin antes darle a Homero su merecida ración.

FIN.

